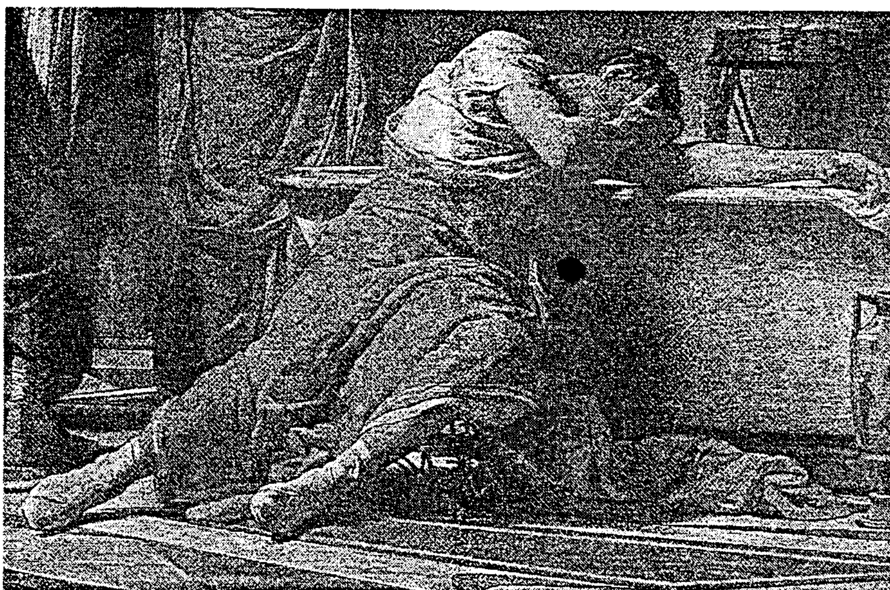


Detalle del cuadro *Séneca, después de abrirse las venas, se mete en un baño, y sus amigos, poseídos de su dolor, juran odio a Nerón, que decretó la muerte de su maestro,* obra de Manuel Domínguez y Sánchez (1840-1906)

Narración y verdad

La historia como discurso construido como ficción, pero que a la vez produce enunciados científicos[1]

ROGER CHARTIER[2]

En el curso de los últimos anos, los historia dores han tomado conciencia de que su discurso, sea cual sea su forma, es siempre una narración. Las reflexiones pioneras de Michel de Certeau, el gran libro de Paul Ricoeur, después, y, mas recientemente, la aplicación a la historia de una "poética del saber" cuyo objetivo es, según la definición de Jacques Rancière, "el conjunto de procesos literarios mediante los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da categoría de ciencia y la encarna" han obligado a los historiadores a reconocer, de buena o mala gana, que la historia pertenece al género narrativo -entendido éste en su sentido aristotélico de "novelar acciones representadas"-. Esta observación no es evidente para aquellos que rechazaban la historia de los acontecimientos en favor de una historia estructural y cuantificada, y pensaban haber acabado así con las falsas apariencias de la narración y con la demasiado duradera y demasiado dudosa proximidad entre la historia y la fábula. La ruptura entre una y otra parecía no tener vuelta de hoja: en el lugar ocupado por los personajes y los héroes de las viejas narraciones, la nueva historia instalaba entidades anónimas y abstractas; sustituía el tiempo espontáneo de la conciencia por una temporalidad construida, jerarquizada,

---

[1] El País. Temas de nuestra época. El país. Año VII. No. 289. jueves 29 de julio de 1993.
[2] Profesor de la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París.

articulada; oponía el carácter autoexplicativo de la narración a la capacidad explicativa de un conocimiento controlable y verificable.

En Tiempo y narración. Paul Ricoeur ha mostrado lo ilusoria que era esa cesura proclamada. En efecto, toda historia, hasta la menos narrativa o la más estructural, se constituye a partir de las fórmulas que gobiernan la producción de las narraciones. Las entidades manejadas por los historiadores (sociedades, clases, mentalidades) son "quasi personajes", dotados de propiedades que son las de los héroes singulares o las de los individuos normales que componen los colectivos que designan categorías abstractas. Por otra parte, las temporalidades históricas mantienen una gran dependencia del tiempo subjetivo; a lo largo de unas magníficas páginas, Ricoeur muestra cómo *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II*, de Braudel, se basa, en el fondo, en una analogía entre el tiempo del mar y el del rey, y cómo su larga duración no es mas que una modalidad derivada de la narración novelada del acontecimiento. Finalmente, los procesos explicativos de la historia siguen sólidamente ligados a la lógica de la imputación causal singular, es decir, al modelo de comprensión que, en lo cotidiano o en la ficción, permite dar cuenta de las decisiones y de las acciones de los individuos.

Dicho análisis, que inscribe la historia en la categoría de las narraciones e identifica los parentescos fundamentales que unen todas las narraciones, ya sean historia o ficción, tiene varias consecuencias. La primera permite considerar como mal planteado el debate surgido en tomo a la supuesta "vuelta a la narración" que, para algunos, ha caracterizado a la historia en los últimos años. ¿Cómo, en efecto, podía haber una vuelta o reencuentro donde no ha habido ni partida ni abandono? Hay una mutación, pero es de otro orden. Está relacionada con la preferencia que últimamente se da a ciertas formas de narración a expensas de otras, más clásicas. Por ejemplo, las narraciones biográficas entrecruzadas de la microhistoria no utilizan las mismas figuras o las mismas construcciones que las grandes narraciones estructurales de la historia global o que las artísticas de la historia serial.

De ahí la necesidad de establecer las propiedades específicas de la narración de la historia respecto a todas las demás. Tienen que ver, en primer lugar, con la organización "en capas" u "hojaldrada" (como decía Michel de Certeau) de un discurso que comprende, en forma de citas que son efectos de realidad, los materiales que lo fundamentan y a cuya comprensión pretende llegar. Se refieren también a los procedimientos de acreditación específicos gracias a los cuales la historia muestra y garantiza su condición de conocimiento viable. De este modo, hay toda una serie de trabajos inscritos en el *literary criticism*, dedicados a localizar las formas a través de las cuales se da el discurso de historia. Esta empresa ha producido diversos proyectos. Unos se han dedicado a establecer taxonomías y tipologías universales; como, por ejemplo, el de Hayden White, que se apoya en la retórica antigua para identificar las figuras que rigen y limitan todos los posibles modos de narración y de explicación histórica. Otros han intentado determinar cómo diversos historiadores movilizan de forma muy diversa las figuras de la enunciación, la proyección del yo en el discurso del saber, el sistema de tiempos verbales, la personificación de las entidades abstractas o las modalidades de la prueba.

Historia y conocimiento

Partiendo de la observación, totalmente fundada, de que toda historia, sea la que sea, es siempre una narración organizada a partir de figuras y de fórmulas incorporadas en las narraciones imaginarias, algunos han llegado a la conclusión de que hay que anular toda distinción entre fábula e historia, ya que ésta es, según la expresión de Hayden White, una *fiction-making operation*, y sólo eso. La historia no aporta más (ni menos) verdadero conocimiento de lo real que una novela, y es totalmente ilusorio pretender clasificar y jerarquizar las obras de los historiadores en función de criterios epistemológicos indicando su mayor o menor relevancia a la hora de dar cuenta de la realidad pasada, lo que constituye su objeto. Los únicos criterios de diferenciación entre los discursos históricos provienen de sus propiedades formales.

Frente a este planteamiento, hay que recordar que el conocimiento como objetivo es un elemento constitutivo de la intencionalidad histórica. Fundamenta las operaciones especificas de la disciplina: construcción y tratamiento de los datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de los resultados, validación de la adecuación entre el discurso cognitivo y su objeto. Incluso cuando escribe de forma literaria, el historiador no hace literatura, y ello a causa de su doble dependencia. Dependencia del archivo y, por lo tanto, del pasado del que éste es huella. Como escribe Pierre Vidal-Naquet: "El historiador escribe, y esa escritura no es neutra ni transparente. Se modela con formas literarias, es decir, con figuras retóricas. (...) ¿Quién lamentará que el historiador haya perdido su inocencia, que se deje tomar como objeto, que se tome a sí mismo como objeto? Siempre que el discurso no esté vinculado, a través de todos los intermediarios que se quiera, a lo que llamaremos, a falta de un término mejor, lo real, seguirá siendo un discurso, pero ese discurso dejará de ser histórico". Dependencia, también, respecto a los criterios de cientificismo y a las operaciones técnicas propias de su oficio. Reconocer sus vacaciones (la historia de Braudel no es la de Michelet) no implica, sin embargo, llegar a la conclusi8n de que no existen esas constricciones y criterios y que las únicas exigencias que frenan la escritura de la historia son las que gobiernan la escritura de ficción.

Comprometidos en la tarea de definir el régimen de cientificismo propio de su disciplina - el único que puede mantener su ambición de enunciar lo que una vez existió-, los historiadores han elegido diversos caminos. Unos se han dedicado al estudio de lo que ha hecho, y hace, posible la aceptación de lo falso en la historia. Como han mostrado Anthony Grafton y Julio Caro Baroja, la relación entre las falsificaciones y la filología, entre las reglas a las que deben someterse los falsarios y los progresos de la crítica documental, es estrecha y reciproca. Así, el trabajo de los historiadores de lo falso, que se cruza con el de los historiadores de las ciencias es una forma paradójica de reafirmar la capacidad de la historia de establecer un saber verdadero. Gracias a sus técnicas propias, la disciplina esta capacitada para reconocer lo falso como tal, dispuesta a denunciar a los falsarios. Es pues, examinando sus desviaciones y perversiones como la historia demuestra que el conocimiento que ella genera se inscribe en el orden de un saber verificable, ya que está armada para resistir lo que Carlo Ginzburg llama la "maquinaria de guerra escéptica", que niega a la historia toda posibilidad de decir la realidad que un día fue y de separar lo verdadero de lo falso.

Camino angosto

Pero establecer el saber histórico no significa necesariamente identificarlo con las categorías que gobiernan las ciencias de la naturaleza, y muchos historiadores no cuentan hoy con las certezas que durante un tiempo aportó una historia serial y cuantificada. El camino es, a la fuerza, angosto para aquél que pretende rechazar a la vez la reducción de la historia a una actividad literaria de simple curiosidad, libre y aleatoria, y la definición de su cientificismo a partir del único modelo del conocimiento del mundo físico. En un texto al que siempre se debe volver. Michel de Certeau formuló esta tensión fundamental de la historia. Ésta es una practica *científica*, productora de conocimientos, pero una práctica cuyas modalidades dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de las limitaciones que le imponen el lugar social y la institución de saber en la que se ejerce, o incluso de las reglas que necesariamente mandan en su escritura. Enunciado de otro modo: la historia es un discurso que crea constricciones, composiciones, figuras que son las de la escritura narrativa, por tanto, las de la ficción, pero que, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados científicos, si por ello se entiende "la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan controlar operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados".

En ese texto, Michel Certeau nos invita a pensar acerca de lo que es propio de la comprensión histórica. ¿Con qué condiciones se pueden considerar coherentes, plausibles, explicativas, las relaciones instituidas entre los índices, las series o los enunciados que construyen la operación historiográfica, por una parte, y, por la otra, la realidad de referencia que pretenden *representar* adecuadamente? La respuesta no es fácil, pero lo que si es seguro es que el historiador tiene como tarea dar un conocimiento apropiado, controlado, de esa "población de muertos" que son su objeto. Abandonar esta intención de veracidad, quizá desmesurada, pero fundamental, sería dar vía libre a toda suerte de falsificaciones, a todos los falsarios que, al traicionar el conocimiento, hieren la memoria. Corresponde a los historiadores, a la jora de hacer su trabajo, estar alerta y recuperar, según la expresión de García Cárcel, "la función crítica de la historia".